

Los Libros

«DOS FILÓSOFOS CONTEMPORÁNEOS» de Enrique Molina,

Ha aparecido recientemente la segunda edición de la obra de don Enrique Molina «Dos Filósofos Contemporáneos», en la que nos brinda una visión completa de las teorías sustentadas por Guyau y Bergson, dos pensadores de nuestra época que han contribuído a enriquecer el acervo de la filosofía universal.

Los ávidos gustadores de las disquisiciones filosóficas, que siguen con el mayor interés las huellas de la evolución del pensamiento, encontrarán en esta obra campo propicio para ahondar en el conocimiento de la extensa labor desarrollada por ambos filósofos, especialmente la de Henri Bergson que con su intuicionismo vuelca hacia sí la atención de parte del mundo de nuestros días.

El señor Molina nos presenta en primer término, la deslumbrante figura de Guyau, que en los treinta y tres años de su existencia—breve paso de luz entre los vivos—entregó tanto de sí como si su presencia física y su espíritu hubieran estrujado la madurez de una vida entera.

Las ideas de Guyau comprenden una posición humana en que los sentimientos superiores que animan al hombre conviven en concierto. Bajo el influjo de la inspiración poética su razonamiento adquiere el imperio de una hermosa irrealidad semejante al clima idílico en que medita y sueña Juan Jacobo Rousseau.—

He aquí la corriente poderosa de un idealismo humano y sentimental que se sobrepone a las frías ligaduras que mantiene con el positivismo de Comte. En ello reside, indudablemente, la afirmación de más de alguien que lo ubica en el plano de los precursores de Bergson, Bouteau, James y Eucken, con la diferencia de que estos últimos conjugan en su idealismo formas metafísicas trascendentales.

Los puntos de vista sostenidos por el señor Molina demuestran la profunda convivencia que ha tenido con el espíritu de estos pensadores, pues la afirmación es muy justa como asimismo los juicios críticos que le merecen algunas ideas de Guyau, en que la excesiva juventud compromete a veces la seguridad de sus razonamientos.

Muy interesantes son las apreciaciones que el joven filósofo tiene del problema de la estética, posada ineludible hacia donde han dirigido sus pasos los pensadores de todos los tiempos y sus ensayos sobre «La Moral de Epicuro y la Moral Inglesa Contemporánea», «La Moral sin obligación ni Sanción», «La Religión» y la Educación». Todos ellos están desarrollados con gran penetración y dominio de las materias, lo que nos induce a considerar a Guyau como un filósofo precoz y ávido de expresar y definir la órbita del conocimiento del hombre.

Pero lo que más llama la atención en la obra del joven filósofo, es ese clima de poesía que rodea el ámbito de sus razonamientos, esa sugestión que se escapa de la individualidad como un flúido inconfundible y que en nada le impide ajustarse a una severa interpretación de la realidad. En el fondo de su pensamiento permanecen intactas las raíces positivistas sin que logren desvirtuar su concepción ideal del mundo. Guyau medita en el cauce de la canción y hermana el golpe de su voz al frío acicate de la argumentación exacta.

El señor Molina desmenuza a través de densos capítulos la obra de Guyau, la que lo muestra en la diversidad de sus facetas que responden a los puntos de vista sostenidos en el análisis de

cada materia. La actitud del joven filósofo se genera en la inspiración y en un rigor crítico potencial cuando asume la defensa de algo que considera verdadero y que lo impulsa a romper lanzas con pasión irreductible.

Mas, por encima de su argumentación que busca concretar en sí el mayor contenido de verdad, está su devoción por la belleza. Esto lo induce a exclamar mientras nos habla de la moral sin obligación ni sanción: que todo lo bello es bueno. Es aquí donde Guyau expresa con el entusiasmo de una juventud que anhela escanciar intensamente el cáliz de la vida. la quintaesencia de su concepción ideal del mundo.

La segunda parte del libro del señor Molina está dedicada a Henri Bergson, el filósofo del intuicionismo, que representa en su patria un movimiento de retorno de la Filosofía a sus cauces tradicionales, seriamente invadidos por el cientismo que define la orientación de las teorías de Comte y Spencer.

Henri Bergson pretende, al abrazar una tendencia que se caracteriza por el idealismo trascendental y por su inclinación hacia los problemas metafísicos, volver a la investigación pura, independiente del cientismo. Para Bergson el punto de partida es la intuición, esto es, la revelación espontánea de los fenómenos libre del conocimiento y la experiencia. Busca explicar el mundo a través de las nebulosas reacciones primarias del individuo y probar que la esencia de todo está en el ser.

Hay en todo esto marcada tendencia a huir del determinismo, de los encadenamientos ya establecidos que requieren el análisis de la razón para reconocerlos. Esta actitud de Bergson lo lleva a establecer una especie de indeterminismo para los problemas del espíritu.

Por liberar la Filosofía del influjo positivista que tiende a unirla con las demás ciencias, Bergson asume en su visión idealista del mundo un carácter místico a través del cual se vislumbra la atmósfera del neoplatonismo combinado con el clima del pensamiento cristiano.

La lucha contra el racionalismo lo impulsa a mover todas las potencias de su pensamiento para crear un sistema filosófico que coordine y una los eslabones de su doctrina. Todo el acervo de la ciencia, acumulado a través de siglos de paciente labor, con el peso de una argumentación a prueba de exactitud; es la barrera que oponen los pensadores que en ella afincan sus posiciones, transformándola en bastión imbatible. Pero Bergson no arredra ante ello, por el contrario, busca con decisión su punto de apoyo allí donde la ciencia toca fronteras, en esa noche que el hombre lleva dentro de sí mismo como un túnel que impide ver la imagen pura del ser, pues el cientismo resulta impotente para descubrirla en su poder esencial.

De esta manera Bergson, guiado por la intuición, penetra en las profundidades y orienta su camino que lo conduce a reconocer en la individualidad el principio de toda revelación del mundo. Para él la existencia colectiva no tiene el valor vital de la del individuo (ello no significa negar la importancia de los estados y problemas que provienen de la asociación); pero la afirmación esencial de la vida, de nuestra duración y la de la naturaleza sólo es posible obtenerla a través del sondeo en lo profundo del ser. Esto nos muestra la característica primordial de las doctrinas bergsonianas: más que un conjunto coordinado de explicaciones es la deslumbrante visión del suceso de la vida revelada por la intimidad de los sentidos.

Mas, todo esto implica poner un principio inmutable que le permita consolidar el cuerpo de sus ideas y de ahí que nos trae el «impulso vital original». fuerza esencial que va dentro del hombre y en todo lo que existe en la naturaleza, como punto de partida. una especie de Dios que no es hecho a nuestra semejanza, del cual parte la ordenación de la armonía del universo, las variantes y adaptaciones de las formas de la vida.

Para Bergson los conceptos de nada y vacío no tienen sentido. El impulso vital original los reemplaza y se opone al finalismo y a la especulación mecanicista del fenómeno viviente.

Una sucesión cambiante de formas y problemas deviene de dicho principio inmutable, y la duración, el tiempo, es lo que comprueba la existencia del ser y de la naturaleza.

Con frecuencia encontramos en Bergson la huella de alguno de sus predecesores, especialmente los puntos de contacto que lo ligan a Heráclito de Efeso, el neoplatonista Plotino y el filósofo cristiano Agustín.

La obra del filósofo galo se distingue por lo profunda y oscura. La tarea de penetrar en sus doctrinas es muy ardua, pues cada uno de sus libros ofrece peligros muy serios. En su vasta obra Bergson analiza los problemas de la creación y la evolución, el instinto y la inteligencia, el origen de la materia y de la vida, la libertad, la moral y la religión, problemas que han constituido la preocupación permanente de la Filosofía. Todos estos estudios están realizados dentro de un marco riguroso en que las argumentaciones se edifican con magistral destreza, prueba evidente del gran poder de su inteligencia.

Seguramente, aún los más reacios al bergsonismo, no pueden menos que sentirse felices de tener ante sus convicciones filosóficas racionalistas, una tendencia opuesta con la cual discutir en un mismo plano de igualdad, pues para mucha gente Bergson ofrece el brillo de una verdad que ilumina la gran noche del mundo.

Hemos hecho un pequeño e incompleto viaje en torno al mundo de Guyau y Bergson, dos filósofos que corresponden a la contextura de nuestra época, y que tienen la virtud de penetrar algo en la costra de sombra que rodea la vida del hombre en el mundo. El primero nos conmueve con su idealismo humano y sentimental, producto de una juventud excesivamente generosa, y el segundo, nos traslada a un mundo de abismos donde nuestra conciencia queda como sorprendida ante el deslumbramiento de lo incognoscible.

El señor Molina ha hecho bien en autorizar la segunda edición

de su libro «Dos filósofos contemporáneos», pues en este país un tanto ajeno a las preocupaciones trascendentales, esta obra viene a significar un esfuerzo digno de ser imitado por aquellos escritores que pueden lanzar sus ojos hacia las profundidades de la existencia del hombre.—JOAQUÍN MARTÍNEZ ARENAS.



DOS LIBROS

El azar trajo hasta mis manos, dos libros: Roble Huacho, y La Estatua de Sal. La transmigración de uno al otro fué tan brusca que hube de abandonar largo rato el segundo de aquellos volúmenes para acomodar a él la capacidad de mi receptiva. En verdad, me asombraba a ratos hasta el colmo asomarme a mundos tan desemejantes. En el primero habíame mostrado seres doblemente vivos a fuerza de conocerlos repetidos en casi todos los libros llamados naturalistas, y había llegado hasta el final de él movida por un impulso: descubrir a un compatriota que escribe bien, tanto, que sale airoso en su trabajo con un tema ya exhausto, y si es cierto que, al cerrarlo, fatigaba mi oído el «naturalismo» de los diálogos de sus personajes, debido a que, lo confieso, siempre me resultan inoficiosos y de escaso valor en una técnica descriptiva, de íame, no obstante, que era aquél un escritor nato.

Y entonces, la segunda obra llegó hasta mí.

Cuando se va en auto a gran velocidad cerca de la ventanilla, empieza a faltarnos el aire a causa de la gran cantidad de él que se enfila a nuestro encuentro. Y bien así, un poco abrumada, me enfrenté a ese clima denso, en el que se generaban formas cuyo aliento venía desde las obscuras pulsaciones de un principio no conocido y trascendían hacia una muerte inacabada. El canto crecía en grandes curvas esquivas, envolviendo y despertando fugaces sombras que estaban anidando, como palomas